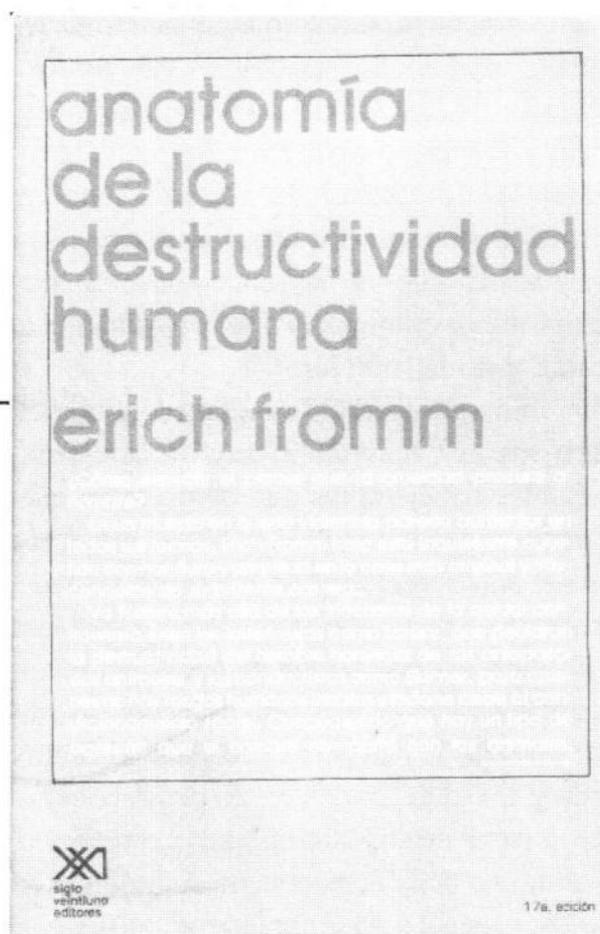


Anatomía de la destructividad humana

Erich Fromm

Siglo XXI editores, México, 1975

por Mariano Gutiérrez



La discusión en la que se involucra Fromm en este libro es una cuestión que se encuentra presente en el pensamiento político de la modernidad desde los primeros ilustrados, y que se ha reabierto con especial interés en el siglo XX luego de las dos posguerras mundiales. Pensadores de las más diversas disciplinas trataron de indagar en la cuestión de si el hombre –entendido como género, es decir, la especie humana– tiende a destruir al hombre; o mejor, saber si la humanidad puede tender hacia su propia autodestrucción por su propia naturaleza autopredatoria.

La discusión sobre la agresión humana desde Freud y desde la segunda posguerra mundial –en este caso desde la provocación que lanzara Konrad Lorenz–¹ parte del su-

puesto de que todos los hombres agreden a los otros, que la violencia ha sido un constante histórico en las sociedades humanas, que es una tendencia ínsita en su naturaleza. La pregunta que se formula con pretensiones de científicidad y elevación moral es ¿Qué es lo que lleva al hombre –a todos los hombres– a agredir a otro? ¿Por qué lo hace? Y, por supuesto, de allí surge ¿cómo hacer algo al respecto? La pregunta nos puede remitir hasta Hobbes o Rousseau. La relación, por supuesto, no es casual. En las nuevas formas de repensar el estado y las relaciones políticas en el siglo XX también se encuentra una necesidad de justificación, de repensar los supuestos antropológicos que dieron fundamento a los distintos diseños del esta-

¹ Lorenz, Konrad. *Sobre la Agresión: el pretendido mal*. Siglo XXI. México 1998. Ver comentario del mismo en *Delito y Sociedad*, N° 15/16.

do. En definitiva, se está discutiendo si es cierto que *el hombre es el lobo del hombre*, o si, por el contrario, podemos encontrar en el fondo de todo hombre a aquel *buen salvaje*. Y por lo tanto, en este debate se están sentando las bases de otro sobre si se encuentra justificado un orden permanente de coacción y control para limitar este permanente estado de agresión innata.

Fromm da un paso más delante de la discusión entre instintivistas y conductistas, quienes venían dominando ambos extremos del debate. Dedicó certeras críticas contra ambas corrientes y trata de sacar al debate del reduccionismo y extremismo en que ha caído con estas escuelas. Trata de dibujar una línea clara para distinguir qué conductas agresivas pueden ser naturales y cuáles son fruto de la influencia de la cultura, particularmente consecuencias de patologías. Trata, en definitiva, de dar una explicación general y superar la dicotomía naturaleza/cultura. Por ello dedica parte de su libro a criticar estas dos corrientes dominantes, así como también a sintetizar una visión crítica de Freud, de quien será claramente continuador.

Para comenzar Fromm comienza haciendo una clara distinción antropológica: para entender cómo nuestro sistema social, basado en la dominación, resulta funcional y estimulante de la agresión de los hombres por los hombres es importante conocer que 3.000 o 4.000 años A.C. se vivió lo que Fromm llama la Revolución Urbana. En ese momento, las sociedades comenzaron a estabilizarse y el poder a concentrarse en unos pocos, lo que generó la construcción de las primeras ciudades propiamente dichas. Esta construcción logró que los señores comenzaran a reparar en la utilidad de los otros hombres como mano de obra, es decir, como herramientas: se inicia la valoración del hombre como cosa en función de un fin instrumental superior. A

partir de aquí la relación entre los hombres ya no será la misma. Este proceso de cosificación y esclavización del hombre será una clave importante para entender toda la exposición siguiente de Fromm. Antes de este momento, o en las sociedades no urbanas, según Fromm, se puede observar una realidad totalmente distinta y menos agresiva en las relaciones entre sus integrantes. Como veremos, este momento marca el nacimiento de un nuevo tipo de agresión que va más allá de lo natural, que él llamará la “agresión (o destructividad) maligna”.

Para abocarse a las causas específicas de la conducta agresiva o destructiva luego de la revolución del neolítico, comienza planteándose una clasificación que dirigirá todo su análisis. Su tesis se apoya en la idea de que es posible distinguir conductas agresivas puramente naturales –animales– y otras puramente sociales o, llamémosle por comodidad, culturales. Pero más curioso aún, señala que la conducta agresiva natural siempre es defensiva, y por lo tanto maligna, y la otra, en cambio, innecesaria y por lo tanto maligna.

“Debemos distinguir en el hombre dos tipos de agresión enteramente diferentes. El primero, que comparte con todos los animales es un impulso filogenéticamente programado para atacar (o huir) cuando están amenazados intereses vitales. Esta agresión ‘benigna’, defensiva, está al servicio de la supervivencia del individuo y de la especie, y cesa cuando cesa la amenaza. El otro tipo, la agresión ‘maligna’ o sea la crueldad y la destructividad, es específico de la especie humana... no está programada filogenéticamente y no es biológicamente adaptativa; no tiene ninguna finalidad y su satisfacción es placentera.”

“La distinción entre agresión benigna defensiva y agresión maligna destructiva requiere una distinción ulterior, más fundamental, entre instinto y carácter.”

La tesis de Fromm se dedica a delimitar, entonces, cuál es la conducta motora a la que estamos programados como animales (la agresión defensiva), y cuál es, por el contrario, la agresión que es fruto de nuestro carácter.

Sobre la primera (agresión benigna o defensiva) señala que los seres vivos defienden como pueden sus recursos vitales a fin de garantizar su subsistencia. Esto parece ser un instinto determinante y generalizado. Según dice, los animales nunca atacan o hacen sufrir gratuitamente a otro, principalmente a un coespecífico. Por el contrario, aun en los ejemplos que los etólogos señalan, se puede advertir un claro interés defensivo de los intereses vitales (principalmente del espacio mínimo). Sin embargo, dice, este impulso agresivo defensivo es mayor en el hombre que en los animales, y así justifica esta afirmación:

“El animal percibe sólo como amenaza el ‘peligro claro y presente’... Pero el hombre dotado de la facultad de prever e imaginar, no sólo reacciona a los peligros y amenazas existentes o a los recuerdos de otros, sino también a los que imagine que podrían sucederle en el futuro... también se deja persuadir y lavar el cerebro por sus dirigentes cuando éstos quieren hacerle ver peligros que en realidad no existen.” p.201

Ante una situación extrema de miedo por amenaza a los intereses vitales hay dos conductas filogenéticamente programadas: la fuga y la agresión. Esta última nos resulta la más común por una pluralidad de factores, pero principalmente porque logra desplazar al miedo, sensación de ansiedad que no se aplaza con la fuga.

Pero más allá de sus verdaderos intereses vitales, el hombre tiene objetos de devoción (valores, costumbres, símbolos) sagrados que les resultan más vitales que la comida o el espacio, y frente a cuya amenaza se reacciona más agresivamente aún. Uno de estos intereses vitales es la libertad. Así la explica-

ción de la actuación de ejércitos ciudadanos en las guerras del mundo moderno es explicable por la acción propagandística que los líderes a quienes les interesa la guerra hacen sobre su pueblo, convenciéndolos de que sus intereses vitales se ven amenazados por el enemigo. Esto sólo es posible en nuestras sociedades complejas, pues en las sociedades más simples o primitivas “nadie tiene poder para hacer creer lo increíble”.

Para entender cómo juega la psicología de los bandos en pugna debe analizarse el narcisismo colectivo (aquí surge su profunda formación psicoanalítica que signará el resto del trabajo). Resulta propio de los individuos con pocas satisfacciones a nivel personal el sobrevalorar al grupo, nación, país al cual pertenecen. Su falta de satisfacciones personales hace que se vean satisfechas sus expectativas sobre sí mismos en la pertenencia al grupo sobrevalorado. Cuando esta evaluación se ve confirmada por la generalidad de los otros del mismo grupo se convierte en una realidad colectiva. Esto termina por identificar al grupo propio con los valores más sagrados y por despreciar al grupo de distintos como el enemigo de ellos. Por ello, este tipo de agresión, en rigor también resulta ser producto del mandato de la *agresión defensiva*, aunque realmente no sea defensiva.

Otra modalidad de agresión defensiva puede ser la resistencia de un grupo o individuo o grupo contra aquel que les dice una verdad dolorosa u ofensiva, que conocen, pero que niegan. Este caso también produce un alto grado de agresión. También lo es la agresión conformista, que es aquella conducta agresiva que se ejecuta por pura obediencia ciega al mandato, o por pertenecer a cierto grupo o expresar conformidad con él.

Caso distinto es la agresión instrumental, que es propiamente la que él llama “maligna”: en este caso la destrucción es sólo un medio para obtener un fin deseado. El pro-

blema con el deseo es que fácilmente desemboca en voracidad e insaciabilidad (más aún en nuestra cultura consumista). No debe confundirse la voracidad con el egoísmo. La guerra es, justamente, el principal ejemplo de agresión instrumental. Ésta es, en realidad, la principal causa que señala Freud en *El Porqué de la Guerra*. En el fondo la decisión de entrar en guerra tomada por los líderes obedece a razones instrumentales (fines económicos o políticos). Es por ello que mientras más compleja e instrumental la cultura, más guerras hallamos en ella, mientras que en las sociedades simples y primitivas la guerra es poco común.

Conociendo todos estos factores, supone Fromm, podemos esbozar algunos caminos para su solución: desaparición de las diferencias que amenazan los intereses de supervivencia de un grupo y de clases dominantes; eliminar las condiciones que fomentan el narcisismo, monotonía, embotamiento e impotencia; y revalorizar el *ser* por sobre el *tener*.

Sobre la segunda clase de agresión (maligna), es decir aquella que no guarda relación con la conservación de intereses vitales, puesto a explicar el porqué de la agresión destructiva Fromm recae en un análisis puramente psicoanalítico (y por tanto algo limitado, me permito juzgar). La experiencia que va a diferenciar radicalmente al hombre de cualquier otro ser es fruto de la inteligencia: su angustia existencial. Debemos entender la primigenia y omnipresente impotencia existencial en el hombre para entender su conducta. A partir de que el hombre toma conciencia de sí mismo, y por tanto de su finitud, de su muerte, ya no se ve como parte del mundo, sino en oposición a él. Un animal *es* parte del mundo que lo rodea. Un hombre está solo, desde que se ha pensado y ha dudado, desde que es consciente de sí mismo, está expulsado del Eden, y por tanto nunca

volverá a ser parte de él. Ante esta soledad primigenia el hombre puede reaccionar de distintas maneras generando diferentes caracteres. Los que nos interesan son, justamente, dos caracteres patológicos: en palabras de Fromm, la necrofilia y el sadismo. Éstos son, para Fromm, los dos casos de personalidades destructivas, y prácticamente toda agresión maligna puede ser explicada a través de estas patologías.

El sádico es este hombre angustiado, despojado, solitario e impotente que intenta trascender esa falta absoluta de poder. Se siente inseguro, tiene miedo de la muerte. ¿Cómo trasciende? ¿Cómo siente el poder? Haciendo sufrir a otro. Sometiéndolo, goza sintiendo esa posición de poder que no tiene:

“El fondo del sadismo, común a todas sus manifestaciones, es la pasión de tener poder absoluto e irrestricto sobre un ser vivo, ya sea animal, niño, hombre o mujer. Obligar a alguien a aguantar dolor o humillación sin que se pueda defender es una de las manifestaciones del poderío absoluto pero no la única. La persona que tiene un poder total sobre otro ser vivo hace de ese ser su cosa, su propiedad, mientras que ella se convierte en dios de otro ser” [p.290]

“Es la transformación de la impotencia en la experiencia de la omnipotencia. Es la religión de los lisiados psíquicos” [p. 292]

Este miedo mal estructurado y permanente explica por qué el sádico “es un cobarde” a la hora de enfrentarse cara a cara a otro. El sádico no puede superar este miedo ni aún con el sufrimiento del otro, y por eso, según Fromm, los sádicos siempre están sometidos a otro poder superior al que temen. Sadismo y masoquismo son dos facetas invariablemente juntas de la misma impotencia existencial.

Este rasgo es propio de carácter “anal-acumulativo” (categoría Freudiana), que se relaciona al mundo en términos de posesión

y dominación, y no en términos de amor y productividad. Las causas que lo generan son por demás complejas, pero, nos dice, uno de los factores que lo favorecen es un sistema social que se basa en la explotación y el dominio de un grupo por otro, que a su vez tiende a reproducir entre las personas estas relaciones de dominación. En el aspecto individual, otros factores son todas aquellas situaciones que hacen que la persona se sienta vacía e impotente. Fromm dedica gran parte del libro a analizar a Himmler a quien considera típico caso de sadismo.

El segundo tipo caracterológico relevante es el necrófilo. Si bien tradicionalmente suele relacionarse la necrofilia con el interés sexual con los muertos, Fromm expande el concepto (sin dejar de relacionarlo con su original) a mucho más allá del amor por lo muerto: el amor por lo inanimado.

Escapa ya de la caracterización freudiana (oral, anal, genital), y propone llamarlo propio del carácter "Mercantil". La encuentra típica del autista: el autista sólo presta interés por las cosas y no por las personas, o reacciona frente a ella agresivamente si se siente invadido. Cree encontrar en el autismo la clave de la necrofilia. Incluso, se anima a relacionar la necrofilia con la esquizofrenia, pues el necrófilo trata a las personas como cosas inanimadas sin tener en ellas más que un interés funcional.

Experimentos que él mismo ha realizado han llevado a Fromm a la conclusión de que la presencia de un síndrome necrofílico es común hoy en nuestra sociedad moderna; que las fuerzas de las tendencias necrofílicas pueden medirse; y (lo más importante) que "esas tendencias estaban significativamente relacionadas con tendencias políticas" [p.339], particularmente con tendencias que apoyan el militarismo y la represión contra los disconformes. La necrofilia parece ser propia de personas maquinales, estructuradas, re-

primidas y represoras. Fromm cree en una relación directa entre la necrofilia y el "culto a la técnica" típico de, por ejemplo, el Manifiesto Futurista de F.T. Marinetti, y de los regímenes fascistas. También del Egipto y la Mesopotamia antiguos (por su ansia por la construcción colosal), en tanto éstos son regímenes orientados hacia una cosa inanimada (la ciudad, la máquina, el progreso) y no hacia la vida (el hombre).

Aún hoy estamos en culturas fuertemente necrófilas. El apego por los automóviles y las cosas, la robótica y la cibernética, la mediación de la máquina en las actividades del hombre (incluso las placenteras), el interés por la velocidad y la belicosidad, la estadística, y aun lo fría y calculada que resulta la guerra moderna son signos propios de una cultura necrófila en el que el interés se dirige hacia las cosas muertas, no hacia el ser vivo como tal. Desde el punto de vista psicoanalítico, la necrofilia es identificable por el interés por las heces fecales. Si es así, el rasgo necrofílico de nuestra sociedad se puede observar, por ejemplo, en el lenguaje, en lo común y universal que resulta el término "mierda" entre los jóvenes. En cuanto a sus causas:

"Podemos suponer que el ambiente familiar muy mortecino y necrófilo suele ser un factor que contribuye a la formación de la necrofilia. La ausencia de estimulación vivificadora, la ausencia de esperanza, y el espíritu destructivo de la sociedad en su conjunto tienen ciertamente bastante importancia en el fomento de la necrofilia. Los factores genéticos desempeñan probablemente un factor en la formación de la necrofilia, según creo." [p. 356]

La necrofilia, según Fromm, parece guardar rasgos en común con el autismo, y tal vez sea un grado menor de autismo, o cercano a él. Esto lo lleva a hacer un análisis de lo que considera el "incesto maligno". En la tipología

autista el sujeto no supera su etapa de soledad narcisista, y este estado es intolerable; “si no hay modos de relacionarse con la madre o sustituta con lazos cálidos y placenteros, la relación con ella y con todo el mundo será la unión definitiva con la muerte”. No se crean lazos afectivos hacia la madre porque nunca supera la etapa de narcisismo (tal vez reacciona replegándose sobre sí mismo ante lo que considera una tendencia intrusiva de la madre sobre su mundo privado). Nunca se relaciona con los demás más que en calidad de imágenes-símbolos.

Opone la necrofilia a la biofilia, que es el carácter propio de los humanistas y pacifistas, de los que menciona ejemplos.

Luego Fromm nos da algunas pautas metodológicas para “diagnosticar” la necrofilia (léase, identificar al necrófilo). Peligrosamente, se vuelve peligrosista y su mensaje final resulta una propuesta terrible:

“Apenas es necesario insistir en que las personas seriamente necrófilas son peligrosísimas. Son los que odian, los racistas, los partidarios de la guerra, del derramamiento de sangre y de la destrucción... los necrófilos menos intensos también son políticamente importantes: tal vez no sean de sus primeros partidarios pero son necesarios para la existencia de un régimen de terror... En vista de estos hechos, ¿no tendría gran importancia saber qué porcentaje de la población puede considerarse predominantemente necrófilo o predominantemente biófilo? podríamos protegernos incluso de algunas de las sorpresas que una vez sucedidas declaramos inexplicables [haciendo mención a la guerra] ¿O acaso sólo nos interesa la energía necesaria para la producción material y no las formas de la energía humana, en sí factor decisivo del proceso social?” [p.364/365]

Termina dedicándole muchas páginas al análisis de estas patologías en los jefes nazis, investigando en su vida más temprana,

en su juventud, y en su entorno familiar las pruebas de que se ha tratado de líderes paradigmáticamente necrófilos o sádicos. Y que esto fue lo que llevó al nazismo a ser lo que fue.

Con el último párrafo citado, casi pueril y grotesco para venir de una gran personalidad del pensamiento, se nos desnuda toda la flaqueza del análisis de Fromm en esta etapa de su exposición.

Su análisis ha sido el más general y abarcativo realizado hasta ahora, y ha servido para delimitar el tema e identificar todas las variedades de lo que se da en llamar agresión, distinguiendo causas y factores complejos para cada una de ellas. Pero su amplitud es también su debilidad. No termina por superar la dicotomía naturaleza/cultura en la explicación de cada fenómeno sino que reparte entre ambas posibilidades los fenómenos estudiados.

Al analizar la agresión benigna, por tratar de abarcar la explicación de las guerras, da por aseveradas sus afirmaciones más impactantes y no se detiene en profundizarlas ni en detallar cómo se conjugan con los otros factores también mencionados. Parece volver al determinismo del instintivismo de los etólogos. Si este imperativo de defensa de sus intereses, programado filogenéticamente, se traslada a la defensa preventiva de valores y entes abstractos (que por supuesto no estaban programados en el instinto) entonces este imperativo de defensa sirve para explicar –y justificar– cualquier conducta, tal como pretendían los etólogos. El concepto de mandato instintivo se ha ampliado notoriamente en Fromm si sugiere (a pesar de que expresamente lo niega) que la guerra se moviliza a nivel ciudadano utilizando mecanismos instintivos, y a pesar de que un enemigo no ataque *realmente* intereses vitales *concretos*, sino que sólo *amenace* intereses simbólicos *abstractos*. Resultaría entonces que

Lorenz tenía razón al afirmar el origen instintivo de toda agresión, salvo en los casos de patologías necrófilas o sádicas. Premisa de la cual se partió negando.

Fromm es un ilustrado que sigue creyendo en la fuerza del mandato instintivo y en el sentido natural del bien y el mal, juzgándolos según sus propios valores modernos. Cree que hay una naturaleza buena y una mala, una correcta y una incorrecta, y una dirección evolutiva hacia la cual debemos tender y de la cual estamos muy apartados. Cree en una dirección del bien que permita al hombre desarrollar plenamente sus capacidades de amor, y todo lo que la impide es malignamente patológico.

Su análisis de la agresión *maligna* tendrá otro problema epistemológico: intentar un análisis *universal* causal explicativo de las conductas humanas con parámetros y conceptos modernos que no dan cuenta de la problemática de la estructura social y psíquica de los individuos en otras culturas, o en otros tiempos. Los sádicos y los “necrófilos” que tienen la caracterización de Fromm parecen haber existido siempre, sin embargo los factores que los explicarían —particularmente la necrofilia— son propiamente modernos. ¿Acaso la necrofilia o el sadismo nos servirían para explicar la acción de, por ejemplo, noble medieval que despreciativamente —pero no necesariamente con interés funcional— trataba como animales a los siervos, pero con cariño a sus iguales o a su propia familia? ¿Y que ocurre con los que por una profunda e inquebrantable fe no sienten —o han resuelto— la angustia existencial que es origen de

las dos patologías malignas en que divide Fromm la agresividad? ¿Acaso no pueden ser agresivos aún más allá del punto de defensa de sus intereses abstractos, incluso ser sádicos? Sin duda sus categorías tienen valor explicativo en su contexto ideológico para estudiar la conducta de algunos jefes nazis, pero ¿nos ayuda a entender los comportamientos de los jefes, supongamos, durante otras guerras? Entonces, todas las guerras en las que la participación de sádicos o necrófilos no sea determinante ¿son formas benignas de la agresión defensiva?

Por último, su intento de identificar a los necrófilos a fin de tomar medidas, merece la misma alarma que las políticas predictivas de la criminología positivista (de la que así termina formando parte). Y es que en verdad, aunque desde una posición crítica, Fromm no ha dejado de ser un positivista. Sus ideas, que terminan por involucrarse en cuestiones criminológicas, lo son. Su postura tiene el demérito de llevar nuevamente la discusión al peligroso campo del estudio y detección de *algunos* hombres, sobre la base de que todos son sospechosos.

Pero aun con estas falencias, que serán señaladas por autores posteriores e incluso por sus discípulos, su libro ha resultado un estudio completo y abarcativo en su lucha contra el reduccionismo de los etólogos y los conductistas, y ha sacado a la luz muchas complejidades y pruebas que profundizaron el debate y lo han hecho iniciar su etapa científicamente más seria, pudiendo así considerársele el fundador de la *tercera corriente* en la discusión. ✎